

#### IV

##### EL PALACIO REAL

El palacio real fué asignado como residencia al último de los hermanos de Napoleón I, al príncipe Jerónimo Bonaparte, ex rey de Westfalia, y á su hijo el príncipe Napoleón. A la derecha, en el patio del Reloj, está la entrada de la escalera principal, una de las más hermosas de Europa. Esta escalera, de proporciones admirables, con la baranda maravillosamente esculpida, va á parar á las habitaciones del primer piso del ala derecha del palacio — el ala de Valois — que fueron las de los duques de Orleáns y en las que se instaló el rey Jerónimo en 1853. Su dormitorio era el del rey Luis Felipe y de la reina María Amelia. Es la cámara situada entre el despacho actual del director de Bellas Artes y el del de Propiedades civiles: hoy sirve de sala de espera. Al lado hay una pequeña habitación en la que María Antonieta escribía su correspondencia y á la que llamaba la *escribanía*. Una parte del ala de los Valois está ahora ocupada por la sección de Hacienda del Consejo de Estado. La sala del Tribunal de los Conflictos es el antiguo comedor de los duques de Orleáns, del rey Jerónimo y del príncipe Napoleón, y en ella dió sus famosas cenas el Regente.

El príncipe Napoleón se había instalado en el ala Nemours, situada á la izquierda del palacio y la cual daba al patio del Reloj. El palacio real acababa de ser restaurado, y sus habitaciones, amuebladas con lujo, eran magníficas.

Hasta que Napoleón III tuviera un hijo se había establecido la herencia imperial en favor del rey Jerónimo y de su descendencia: así lo había decidido el emperador en el estatuto orgánico del 26 de diciembre de 1853, pero su decisión iba precedida de esta frase: «Confiamos en que nos será dado contraer, con la protección divina, una alianza que nos permita dejar herederos directos.»

En 1853 reinaba la mayor armonía entre las Tullerías y el palacio real. Por aquella época no habría sido fácil hacer una oposición cualquiera al emperador, dueño absoluto de Francia y que disponía á su albedrío de todos los favores. El rey Jerónimo y el príncipe Napoleón sabían muy bien que, si hubiese querido, habría podido, sin suscitar la menor protesta, dar la preferencia á la rama de Luciano Bonaparte, en favor de la cual mediaba, ya que no las constituciones imperiales del primer Imperio, por lo menos el orden de primogenitura. El senadoconsulto de 6 de noviembre de 1852 había dejado á Napoleón III en libertad de disponer de la herencia de la corona como mejor lo entendiera, y Jeróni-

mo y su hijo debieron los favores de que se vieron colmados á la benevolencia del emperador.

El ex rey de Westfalia, nacido el 15 de noviembre de 1784, acababa de cumplir sesenta y ocho años cuando se proclamó el segundo Imperio. Sabía muy bien que esta restauración se debía á la iniciativa y á la audacia de su sobrino, á quien había censurado vivamente por su participación en la insurrección de la Romanías y por las intentonas de Estrasburgo y de Boulogne. Autorizado para volver á Francia al final del reinado de Luis Felipe, había mantenido excelentes relaciones con el rey. Cuando estalló la revolución de Febrero, estaba á punto de obtener no tan sólo la cesación oficial de su destierro, sino también un asiento en la Cámara de los Pares y un sueldo anual de cien mil francos. Puede decirse que era orleanista, como la mayoría de sus antiguos compañeros de armas.

En tiempo de la segunda República, el rey Jerónimo se opuso á que le nombraran diputado; á pesar de haberle aconsejado M. Thiers, según se dice, no quiso presentarse candidato á la presidencia de la República, y en toda ocasión se pospuso á su sobrino, cuya candidatura apoyó. Luis Napoleón se mostró con él agradecido. Entrado en posesión del grado de general de división que había alcanzado cuarenta y dos años antes, fué nombrado gobernador general de los Inválidos el 27 de diciembre de 1848 y custodio de la tumba de su hermano, y poco tiempo después se le otorgó el bastón de mariscal de Francia. El 2 de diciembre de 1851, en el mismo momento en que su hijo censuraba agriamente el golpe de Estado, fué á caballo y de uniforme al Elíseo y formó parte de la escolta de Luis Napoleón. Cuando se constituyó el Senado, fué su presidente, pero ejerció poco tiempo las funciones de tal. Desde el restablecimiento del Imperio gozó de todos los honores y prerrogativas de primer príncipe de la sangre; tuvo por primer ayudante de campo al general Ricard y por ayudantes al teniente coronel Renault, á los jefes de escuadrón de Prebois y de Chauny, al capitán de fragata de Larminat y al capitán Ducasse; por caballerizo mayor al barón Augusto de Plancy, por secretario al barón de Stoelting y por intendente general á M. Varcollier.

Casado morganáticamente con una noble florentina, la marquesa Bartholini, con la que se instaló en el palacio real, resultaba que había tenido tres mujeres, dos de las cuales vivían aún. La primera era una americana de Baltimore, miss Isabel Patterson; casóse con ella el 27 de diciembre de 1803 cuando era oficial de marina; pero el primer cónsul, á quien no había pedido su consentimiento, se fundó en la menor edad de su hermano para hacer declarar la nulidad del matrimonio, á pesar de sus súplicas. Separado de su joven esposa, Jerónimo la conservó gran cariño: refugiada ésta en Inglaterra, dió á luz un hijo el 7 de julio de 1805. Este hijo se estableció en los Estados Unidos, donde se casó con una americana, y vivió con el nombre de Patterson-Bonaparte, rodeado del aprecio general. Poco después del restablecimiento del Imperio, el rey Jerónimo recibió

en París á su hijo y á su nieto y les manifestó verdadero cariño. Su nieto, joven apuesto y brillante, consiguió autorización para servir en el ejército francés, y se distinguió en él habiendo merecido la cruz de la Legión de Honor por su conducta en Crimea.

El 29 de noviembre de 1835 el ex-rey de Westfalia quedó viudo de la noble y virtuosa Catalina de Wurtemberg, con la que se había casado el 23 de agosto de 1807, y la que le atestiguó tanto afecto y abnegación en la buena como en la adversa fortuna. La marquesa Bartholini, su tercera esposa, había sido dama de honor de esta princesa.

El rey Jerónimo llevó en el palacio real una existencia más que regia. Oficialmente no tenía más tratamiento que el de Alteza Imperial; pero al hablarle se le llamaba siempre Señor y Majestad. Era hombre de arrogante porte y sus modales eran los de un personaje del antiguo régimen: le gustaba la ostentación, y daba brillantes recepciones. Su parecido con el gran emperador, la parte que había tomado en la epopeya napoleónica, su valerosa conducta en los días de triunfo lo mismo que en la jornada de Waterloo, su larga experiencia y su exquisita cortesía le rodeaban de verdadero prestigio, y nadie miraba sin sentir cierta emoción á aquel veterano de la leyenda imperial. Napoleón III le mostraba cierto afecto mezclado de deferencia, y el ex rey de Westfalia tenía también motivo para estar satisfecho de la emperatriz.

El príncipe Napoleón no había tardado en pasar de republicano á príncipe de la sangre. Su oposición al golpe de Estado no fué de larga duración. Honores, lujo, sueldo, morada lujosa, nada le hizo falta. Príncipe, Alteza Imperial, senador, fué nombrado de golpe general de división y gran cruz de la Legión de Honor. Alojado fastuosamente en el palacio real, no se le titulaba más que Monseñor. En 1853 tenía dos ayudantes de campo, los capitanes Ferri-Pisani y Roux; un oficial de órdenes, el teniente Jerónimo David, y un secretario particular, Manuel Matthieu. Aficionado á las letras, á las artes, á los placeres, contaba gracias á su nueva situación todos los medios de satisfacer sus gustos, y después de haber pasado por tantas pruebas, llevaba una vida tan agradable como brillante. En el palacio real, muy cerca de sus habitaciones, había en el ala Montpensier una puerta por la cual se comunicaba directamente con el teatro Francés á la altura de los palcos de primer piso: era el teatro favorito del príncipe, quien profesaba una admiración especial por muchas grandes actrices. Había observado largo tiempo un género de vida muy sencillo; en el momento del golpe de Estado vivía en una modesta habitación en la calle de Argel y el humilde tren de su casa de aquel tiempo contrastaba singularmente con los esplendores del palacio real. El bienestar de su nueva vida no le distrajo de su afición al estudio. Muy instruído, muy literato, interesándose mucho por las artes y las ciencias, pasaba el tiempo entre la diversión y el trabajo. Arsenio Houssaye ha dicho de él: «Como Napoleón I, hablaba de todo con lenguaje pintoresco y soltura acertada é imprevista..... En el teatro Francés, al que con-



El príncipe Napoleón, primo de Napoleón III

curría con frecuencia, nos veíamos en todas las funciones extraordinarias y sobre todo en las de la Rachel. Cuando asistía al ensayo general de una obra nueva, no se equivocaba sobre su buen éxito ó su fracaso, aun cuando todo el mundo se equivocase.... El príncipe Napoleón era siempre el que presentaba asunto para las conversaciones; jamás le he oído decir una palabra que fuera un ataque á las costumbres ó al lenguaje, por más que se expresase con la libertad que todos saben. ¡Y con qué elocuencia natural á la vez que elevada lo decía todo!... Ha amado el arte antiguo y el moderno con la misma pasión; no hay pintor ni escultor de los que concurren á la villa Médicis que conociera como él las maravillas artísticas de griegos y romanos.»

De todos los dones de que estaba dotado el príncipe, el principal era la elocuencia. Palabra como la suya, tan vibrante y llena de colorido, no hay muchas. Hablaba de todos los asuntos con una facundia y una verbosidad notables. Ernesto Pinard ha escrito en su *Diario*: «Un día dije al príncipe Napoleón: — Monseñor, qué abogado tan excelente seríais, si no fueseis príncipe. — A la vez conversador y orador, empezaba á hablar con calma y luego su voz se iba elevando poco á poco; se levantaba, daba grandes pasos como si el movimiento físico hubiera influido en la gestación de la idea. Cogía una silla para apoyarse en ella como se apoya el diputado en la tribuna: daba otra vez largos paseos, y después de una salida brusca, miraba á su interlocutor con sonrisa de triunfo. Era un *dilettante* de controversia.» No sólo no temía la discusión, sino que la buscaba, le gustaba. A falta de contradictores, era capaz de llevarse á sí mismo la contra.

Este príncipe, cuyos defectos fueron innegables, pero que á menudo ha sido juzgado con demasiada severidad, tenía buenas cualidades, entre otras una probidad á toda prueba. La idea de una especulación cualquiera, aunque fuera correcta é irreprochable, le era antipática. Jamás se le ocurrió aprovecharse de su elevada situación para engrosar su fortuna; la administraba con economía sin tratar de aumentarla. Los agiotistas le inspiraban una repugnancia invencible. El modesto tren de casa que tuvo que imponerse después de la caída del segundo Imperio no puede menos de ser honroso para su memoria.

Se ha calificado al príncipe Napoleón de César degenerado. Este calificativo no es exacto. No ha tenido el empaque de un César ni durante el reinado de su primo, ni en la época en que llegó á ser jefe de la dinastía napoleónica, después de la muerte del príncipe imperial. Al contrario de los Césares, no halagaba á las masas. Tampoco solicitaba el apoyo de la prensa ni los favores de la popularidad: desdeñaba y aun con frecuencia desafiaba á la opinión pública.

En más de una circunstancia los disentimientos de Napoleón III y de su primo fueron más aparentes que reales. En el fondo, el emperador y el príncipe se profesaron siempre cariño sincero. Napoleón III, nacido el 20 de abril de 1808, tenía catorce años más que el príncipe, que había nacido el 9 de septiembre de 1822. En los sentimientos del primero para con el segundo había al-

go que se parecía á la adhesión y á la protección de un hermano mayor por otro menor. Ambos habían conocido juntos los sinsabores del destierro y de la adversidad. Luis Napoleón se había ocupado de la educación de su primo y dándole en Suiza lecciones de matemáticas. Elegido diputado en 1848, antes que el futuro emperador, le allanó el camino y contribuyó á que la Asamblea declarara válida su elección. Muchas veces le defendió con buen éxito en la tribuna y le proporcionó el apoyo de los diputados de la izquierda. Si cuando Luis Napoleón llegó á ser Napoleón III le hizo alguna vez la oposición, esta oposición nunca fué antidinástica, porque ni por un momento se le ocurrió la idea de establecer una competencia entre la rama reinante y la menor de los Bonapartes. Si admitió en el palacio real cierto número de republicanos, estos republicanos no eran peligrosos para el Imperio. Además entre el emperador y su primo había más de una idea común. En punto á política extranjera ambos tenían opiniones muy adelantadas: ambos eran partidarios de la independencia italiana y del principio de las nacionalidades; ambos unían á un culto por la memoria de Napoleón I el respeto de la democracia. Acontecía con frecuencia que, en el momento en que se les creía menos unidos, perseguían el mismo fin. Puede decirse que en la corte de Napoleón III había una derecha y una izquierda: la primera representada por la emperatriz, la segunda por el príncipe Napoleón. El emperador, cuya máxima *dividir para reinar* era una de las principales reglas políticas, no se quejaba de semejante estado de cosas. Quizás no le desagradaba ser árbitro supremo entre divisiones que con una sola palabra era dueño de autorizar ó de hacer desaparecer.

En resumen, el príncipe Napoleón, carácter complejo como su destino, *ondulante y vario* como las vicisitudes de su agitada existencia, era hombre lleno de contrastes, autoritario y liberal, mitad gran señor y mitad demócrata, propenso por su origen al pasado y por sus ideas al porvenir, apareciendo alternativamente en la extrema izquierdá en el palacio Borbón bajo las condiciones de un tribuno y en el palacio real bajo el aspecto napoleónico de un príncipe rodeado de todos los honores y de todas las prerrogativas de su rango.

## LA PRINCESA MATILDE

En 1853, la mujer de mayor notoriedad de Francia después de la emperatriz era la princesa Matilde. Todos los historiadores, todos los cronistas que estudien la corte de Napoleón III concederán en sus narraciones un puesto á esa hermosa y espiritual princesa que, aun después de la caída del segundo Imperio, ha conservado todo su prestigio femenino y cuyo nombre será siempre el de una mujer superior, de una generosa é inteligente protectora de las letras y de las artes.

Matilde Leticia Guillermina, hija de Jerónimo Bonaparte, ex rey de Westfalia, nació en el destierro, en Trieste, el 27 de mayo de 1820. Su madre Catalina, nacida el 21 de febrero de 1783, casada el 23 de agosto de 1807 y fallecida el 28 de noviembre de 1835, era hija del primer rey de Wurtemberg. Ella fué la que en la adversidad mostró tantas virtudes, tanto ánimo, y á la que Napoleón tributó un homenaje solemne en Santa Elena, diciendo que había inscrito con sus propias manos su nombre en la historia.

Luis Napoleón, prendado de su joven y bella prima la princesa Matilde, había deseado vivamente casarse con ella. Acerca de este asunto léese en las Memorias del conde Horacio de Vieil-Castel lo siguiente: «Acabo de saber por Fernando Barrot, testigo ocular, una anécdota que no es conocida y tal vez no lo sea nunca. Cuando el príncipe Luis Napoleón tuvo noticia en Ham, donde estaba preso, de la boda de su prima con Anatolio Demidoff, despertóse en él todo el afecto, mejor dicho, todo el amor que tenía á esta princesa tan seductora y tan buena; echóse á llorar amargamente y dijo á Barrot: «Este es el más amargo y postrer golpe que la fortuna me reservaba.»

El 1.º de noviembre de 1840, la princesa Matilde se casó en Florencia con un ruso, dueño de una gran fortuna, el conde Anatolio Demidoff, príncipe de San Donato. Este matrimonio no fué feliz. Cuando la princesa se separó de su marido, el emperador Nicolás le dió la razón, demostrándole con tal motivo una benevolencia y un interés que ella le agradeció siempre mucho. Se trasladó á Francia en los últimos años del reinado de Luis Felipe, que la dispensó la mejor acogida. El príncipe de Joinville cita en sus *Recuerdos*, en primera línea entre los concurrentes á las veladas íntimas de la reina María Amelia, «á la princesa Matilde, que estaba en todo el esplendor de su belleza.»

La princesa vivió en París todo el tiempo que duró la presidencia de Luis Napoleón, y en su salón fué donde el Príncipe Presidente vió por primera vez á la señorita de Montijo.

Al principio del segundo Imperio, la princesa Matilde tenía treinta y tres años y estaba hermosísima. He aquí cómo ha trazado su retrato Arsenio Housaye en sus *Confesiones*: «Gran porte de princesa, cabeza heráldica y olímpica, llevando muy bien su corona. El estilo, el ingenio y la bondad se reflejan en ese rostro digno de ser reproducido en mármol; no es, pues, de extrañar que haya inspirado más de un hermoso busto como el de Carpeaux. Posee la belleza soberana, la fuerza y la dulzura, la línea y la expresión, el estilo y el encanto, la bondad para todo el mundo y la burla para los necios.... Ha recibido homenajes en todas las cortes extranjeras lo propio que en la de Napoleón. Pero no ha nacido para el bullicio: un simple cumplido de un maestro contemporáneo ante uno de los preciosos pasteles que pinta con tanto acierto, la halaga mucho más.»

El emperador, que quería mucho á su prima, la trató, no como señora Demidoff, sino como hija del ex rey de Westfalia y nieta del rey de Wurtemberg. Le confirió el título de Alteza Imperial y nunca la llamó de otro modo sino la princesa Matilde. En 1853 tenía tres damas para acompañarla: la baronesa de Serlay, la condesa de Gouy de Arcy, Mme. Ratoska, y un secretario, M. Ratomski. El tren de su casa era verdaderamente regio. Aunque poco inclinada á la ostentación, asistía á todas las ceremonias oficiales, á todas las fiestas de las Tullerías y de Saint-Cloud, de Compiègne y de Fontainebleau.

Ya no existe el palacio en que vivía esta princesa: estaba situado en la esquina de la calle de Courcelles y del bulevar Haussmann. Mme. Feuillet, viuda del célebre autor dramático, ha escrito en su libro titulado *Algunos años de mi vida*:

«El salón de la princesa Matilde era un salón de princesa artista y de gran señora. Allí se veía reunido lo más notable é inteligente de París, los literatos y pintores de fama, los príncipes y los embajadores de todos los países. Los cuadros de los grandes maestros, las estatuas de bronce y mármol, los jarrones de China que contenían gigantescas palmeras, los tapices antiguos de gran magnificencia decoraban el palacio de la calle de Courcelles. Cuando yo subía la hermosa escalera en que los pabellones chinos caían en cascadas sedosas, y los pavos reales puestos de trecho en trecho en la baranda dejaban arrastrar sus colas irisadas como entreabiertos estuches de joyas, parecíame subir las escalinatas de las sultanas cuya historia nos ha contado Scheherazada.»

Mme. Feuillet presenta también á la princesa entrando en la sala del festín con sus brazos de estatua, su larga cola, y las tres sartas de perlas que se escalonaban en su magnífico seno. «Parecíame verla, añado, sentándose como en un trono ante el águila de oro que extendía sus alas sobre los frutos y las flores de la mesa, y sobre todo la recuerdo distribuyendo sus amables sonrisas y echando

una mirada alrededor para cerciorarse de que cada uno de sus convidados estaba cómodamente.»

Ernesto Pinard, el antiguo ministro del Interior, ha descrito á su vez, y no sin admiración, este salón justamente célebre. «La princesa Matilde, dice, recibía todos los domingos y martes. Estaba en todo el incomparable brillo de su belleza romana, y en ella las cualidades de artista realzaban las de la mujer. Todos los extranjeros de distinción que pasaban por París hacían que sus embajadores los presentasen en esas reuniones de la calle de Courcelles: no han olvidado el camino y ahora van á ellas sin el embajador. En cierto modo aquel salón era un terreno neutral donde se reunían el académico, el pintor, el compositor, el novelista, el magistrado, el diplomático, el hacendista, el hombre político y el hombre de mundo.»

Comparando el salón de hoy con el del segundo Imperio, M. Pinard añade: «En estos momentos, las recepciones de la calle de Berry recuerdan las de la calle de Courcelles. La muerte ha causado muchos vacíos, las cabezas negras se han vuelto blancas; pero el tacto y el ingenio de una mujer superior agrupan allí á todos los fieles. En su derredor no sólo se reúnen los adictos al Imperio, sino también los que cultivan las artes, las letras y las ciencias, y los antiguos que han desaparecido han tenido sucesores.»

El salón de la princesa Matilde ha continuado siendo lo que era en otro tiempo, un salón en que se ocupan sobre todo de arte y de literatura. En la época del Imperio, la prima del soberano no se mezclaba en política; se limitaba á contribuir con su tacto y su amabilidad á mantener la buena armonía entre las Tullerías y el palacio real. Observaremos, sin embargo, que aunque acostumbrada á no intervenir en las cuestiones diplomáticas, no ocultaba sus simpatías por Rusia y el tsar, de quien era pariente próxima, pues su madre y la del emperador Nicolás eran princesas de la casa de Wurtemberg. Había dos mujeres, una en París, la princesa Matilde, y otra en San Petersburgo, la gran duquesa María, hija del tsar, casada con un hijo del príncipe Eugenio de Beauharnais, que deseaban ardientemente un acuerdo entre Napoleón III y el emperador Nicolás. Si estas dos mujeres hubieran estado autorizadas para dar consejos á los dos soberanos, se habrían evitado muchos males á Francia y á Rusia. Ambas princesas juzgaban mejor las cosas que los hombres de Estado más hábiles y que los diplomáticos más consumados.

Hasta el nacimiento del hijo de Napoleón III, tres personas solamente llevaban en la corte del emperador el título de Alteza Imperial, el príncipe Jerónimo, el príncipe Napoleón y la princesa Matilde. Los demás príncipes y princesas pertenecían á lo que se llamaba la familia civil del emperador y no tenían más que el título de Alteza. Su situación aparece determinada de este modo en el almanaque imperial de 1856: «Los hijos de los hermanos y hermanas del emperador Napoleón I que no forman parte de la familia imperial, llevan el título de príncipe y de alteza con su nombre de familia. Únicamente los primogénitos

de la segunda generación llevan el título de príncipe y alteza: los demás nada más que el primero. Las hijas de los príncipes parientes del emperador gozan hasta su matrimonio del título de princesa; pero después de casadas, llevarán tan sólo el nombre y los títulos de sus maridos, á menos de decisión en contra. Las princesas de la familia del emperador casadas con particulares franceses ó extranjeros, no tienen en la corte otro rango que el de sus maridos.»

El almanaque imperial de 1856 mencionaba entre los príncipes y princesas de la familia del emperador que tenían rango en la corte á SS. AA. Luis Luciano Bonaparte, príncipe Pedro Napoleón Bonaparte, príncipe Luciano Murat, príncipe José Bonaparte, príncipe Joaquín Murat, princesa Bacciochi, princesa Luciano Murat, princesa Joaquín Murat. El almanaque imperial de 1853 no había mencionado como príncipes de la familia civil del emperador más que á S. A. el príncipe Luis Luciano Bonaparte y á S. A. el príncipe Luis Luciano Murat.

Acabamos de examinar la corte en 1853. Echemos ahora una rápida ojeada sobre la ciudad.